

LA AGONIA DE LAS RELACIONES ENTRE ESPAÑA E HISPANOAMERICA DURANTE EL SIGLO XIX

Prof: Luis Carreño Silva
Universidad de Playa Ancha

ALGUNAS OBSERVACIONES PRELIMINARES.

Hemos titulado estas anotaciones, recordando la significación de la agonía unamuniana; no es anuncio de muerte, sino, realidad, lucha, dolor y esperanza. Creemos que esta vivencia está presente entre los pueblos de estirpe hispánica en el transcurrir de la centuria pasada, poniendo su impronta y ayudando a bosquejar fenómenos y circunstancias de extraordinaria similitud, sin olvidar otras múltiples variantes, derivadas de la geografía, del poblamiento, de la economía y, en fin, del estado cultural y de las estructuras sociales.

Por otra parte, es interesante acotar, a manera de entrada en el problema, cómo el tema de la historia de España deja de aparecer en las historias generales, acusando su desaparición como objeto histórico interesante y a veces preponderante, como

lo había sido desde los tiempos medievales y sobre todo a partir de los Reyes Católicos y aún durante el siglo XVIII.

Esa España que entraba naturalmente en el cuadro de la historia universal, que en esos tiempos era la historia de Europa, desaparece, queda al margen. Algunos pensarán después, que es porque Europa limita con los Pirineos y España es parte de Africa.

También los pueblos americanos, nuestros países, hacen una entrada fugaz en la historia universal a propósito de nuestras Independencias, para luego desaparecer del marco general.

Estas anotaciones han producido efectos deformantes, particularmente en el trazado de la historia de los pueblos hispánicos, encerrando su estudio en estrechos moldes nacionales. De ahí, muy a menudo, tanto la historia contemporánea de España, como las de nuestros pueblos, se han estimado como casos desvinculados de los problemas de orden general que van a afectar a Europa como centro dinámico del acontecer, durante el siglo XIX, y se ha transformado en un monocorde proceso entre fuerzas conservadoras y liberales, pugnando por hacer triunfar sus posiciones.

LA SITUACION ESPAÑOLA.

Una mirada más en profundidad, más vasta, de la evolución histórica, nos dice que España se ve afectada por los grandes problemas que los pueblos, o la civilización europea, se plantean en los inicios del siglo XIX y durante su transcurso. Es decir, la

quiebra de los sistemas políticos del Antiguo Régimen y la aparición del maquinismo, con las alteraciones sociales y económicas que estos fenómenos van a traer, unidos a la subversión espiritual -como la han llamado algunos-, la aparición del Romanticismo. Estos problemas entrarán en España y estarán presentes y actuantes durante el siglo XIX, naturalmente bajo las condiciones españolas del momento. La aparición de estos **** generales de Europa va a manifestarse en el escenario español al iniciarse el siglo XIX, presidida por un fenómeno particular: la intromisión de los ejércitos franceses, del amigo de la víspera, que, tras la felonía de Bayona, reemplazan al monarca legítimo por el hermano de Napoleón y desatan, simultáneamente, la sublevación del pueblo español.

De manera que todo lo que ocurra en España en torno a la modernización durante el siglo, al calor del desarrollo de la historia general de Europa, va a estar marcado por este fenómeno histórico con raigambres en lo ideológico, económico y social. La evolución o el paso de España a la modernidad, no se hace como en los demás países europeos, producto de una maduración cada vez mayor, más consciente y permanente de los grupos sociales que la realizan: la gran burguesía europea.

Su motor en la España de comienzos del diecinueve, estará en el poder militar extranjero y la gestación de lo que los españoles llaman -no sin sorpresa de algunos de entre nosotros- su Guerra de la Independencia.

Así va a comenzar esa dramática historia española, bajo la forma más aparente que real de una lucha entre la tradición y la modernidad, y que

ha sido señalada por algunos como la urdimbre explicativa fundamental. Todas las violentas alteraciones políticas españolas, desde la Guerra de la Independencia, hasta el drama contemporáneo de la Guerra Civil de 1936 al 39, son presentadas como una lucha entre la modernidad y la tradición. Una pugna entre las fuerzas que desean el reencuentro con Europa, y las que pretenden mantener las instituciones en supuesta concordancia con el pasado histórico.

Es una fácil tentación seguir este camino explicativo impregnado de maniqueísmo -reiteramos- Al lado de esa pugna, en el curso de este siglo, España va a enfrentar una compleja evolución, tratando de establecer formas de ordenación política influenciada por lo que ocurre en el resto de Europa y que serán, naturalmente, condicionadas por graves y múltiples problemas internos, enmarcados, además, en la gran herencia histórica de una España que había sido, por tanto tiempo, la gran protagonista de la historia universal.

El pasado histórico sufría en las primeras décadas, el desgajamiento de la mayoría de las posesiones americanas. El desastre provoca en la economía española graves alteraciones, que se suman a las ruinas materiales de la resistencia antifrancesa.

Pero, por encima de esos fenómenos que sin duda causan un retroceso en el proceso de la economía hacia una modernización, la independencia de sus posesiones americanas causa un trauma en las elites españolas, de amargura y rencor, del cual saldrán con dificultad. El ministro liberal Canga Argüelles sentará la tesis de que España sólo había recibido daños y perjuicios en su inmensa aventura

americana. De ahí a renunciar a una labor histórica sólo comparable en méritos a la romanización de Europa Occidental, no hubo más que un paso. En la conciencia española deja de estar presente América. Sus historiadores llegarán a recoger en los textos, las viejas monsergas de la propaganda antiespañola acerca de la obra civilizadora cumplida en el Nuevo Mundo.

España, dolida y resentida, sintiéndose traicionada, se aleja espiritualmente de América durante decenios. La España oficial -salvo intentos truncados por los espasmos de su agitada vida política- fue incapaz de diseñar una política conciliadora, pragmática, permanente, frente a las nuevas naciones americanas.

En el plano demográfico, sólo en 1873 se decretó la libertad para emigrar América, llevando de nuevo corrientes humanas capaces, con el tiempo, de revitalizar la presencia española en el Nuevo Mundo.

LA SITUACION EN IBEROAMERICA

Así como España comienza ese siglo con un trastorno profundo, también nuestros países inician el proceso de la independencia, justamente al calor de la crisis de la monarquía tradicional.

En 1805, el Imperio Español, que había permanecido intacto desde los días fundacionales del siglo XVI, que había resistido los acosos de las naciones enemigas de España durante tres siglos, sufría la pérdida de la flota en Trafalgar. El Imperio perdía el vínculo real que unía a la Metrópoli con sus posesiones de ultramar: la flota. Ese es el significado de Trafalgar que deja a España inerme,

sin el medio efectivo de comunicación y de dominio, y a Inglaterra, coronada definitivamente como reina de los mares, hasta muy entrado el siglo XX.

En 1808, desaparecía el otro vínculo tradicional de unión: la Corona. Esa Corona que para los americanos había sido el gran lazo de orgullo, de amor y de fidelidad. Cuando se revisan cartas, memoriales e informes de las distintas secciones de América, la fidelidad a la Corona aparece con fuerza intensa. Muchos trastornos ocurridos en América, se habían hecho en contra del mal gobierno, del mal funcionario, pero manteniendo incólume la suprema instancia, el Rey.

Entra en crisis esta institución ordenadora, justiciera, de acuerdo con la vieja tradición española de que el poder, surgido sin duda de Dios, pasa por el pueblo y lo ejerce el Rey, cuya primera obligación es velar por el bien colectivo, como supremo hacedor de justicia. A ese Rey al cual hay que darle la vida y los bienes, pero no la honra, porque ésta es del alma y el alma lo es de Dios, como quiere Calderón de la Barca. Porque los súbditos y el rey están sujetos a la ley divina; el rey no la genera, está regido por la ley; y será rey en cuanto haga bien, como dicen los textos medievales españoles.

Esta Corona que en la historia llamamos el Estado Patrimonial, había sufrido ya un primer impacto con los Borbones, que habían querido implantar un Estado único, nacional, centralizado, apoyado en una burocracia poderosa y obediente. Sin embargo, es la concepción jurídica y emocional la que levanta a los americanos y a los españoles en el momento de la crisis, para gobernarse mientras el rey legítimo esté prisionero.

Pero no en balde somos de estirpe hispánica; el hombre español gobernado por la pasión, como quiere Salvador de Madariaga.

Y así como los españoles en el fragor de su lucha contra los franceses, no lograrán, en buena medida, dominar con frialdad y pragmatismo muchas de las cambiantes situaciones ideológicas, sociales o económicas que en esos momentos cruciales brotaban entre los grupos sociales e incluso entre las distintas regiones de la Métopoli, y se van a enredar en un enfrentamiento extremadamente matizado, también nosotros pondremos pasión al iniciar el camino de la autonomía.

Al surgir la idea de la independencia, al prolongarse el cautiverio del rey legítimo, comenzaremos a buscar justificaciones. Y es entonces cuando surge en América, entre los grupos dirigentes, una interpretación histórica que a nuestro juicio tiene en el curso de nuestras historias del siglo XIX y aún con ramificaciones en este siglo, una primordial trascendencia.

¿Cuál es esa interpretación histórica?. La idea de que nuestros pueblos habían estado sometidos, ignominiosamente, a un poder extraño, extranjero. La lucha de la Independencia se estaba haciendo contra ese poder extranjero. Nuestros textos escolares siguen diciéndolo: las batallas se ganan contra el ejército español; no importa que encontremos en ese ejército un gran número, si no la mayoría, de americanos.

Y se lucha contra un invasor, que ha conquistado esta América en los lejanos tiempos del siglo XVI. El grupo dirigente, herederos directos de los conquistadores, herederos de sus costumbres, de

sus creencias, de su idiosincracia, se estima herederos del hombre americano conquistado, del aborigen. Toda la simbología patriótica de la época, está inspirada en el indígena que rompe sus cadenas seculares y se envuelve en las banderas de la libertad.

Todos los líderes, los libertadores, se identifican con los indígenas. O'Higgins, por ejemplo, se llama asimismo "**araucano**". Son hijos de América que se liberan y esa liberación se alimenta con odio, pasión hispánica; con rencor, pasión hispánica; con envidia, proclamada por Lastarria y Unamuno como natural en los hombres de ambos extremos del mundo hispánico: Chile y España.

Bolívar -por citar algunos textos- escribirá al Gobernador y Capitán General de las islas de Curazao y sus dependencias, el 2 de octubre de 1813, para justificar la terrible guerra a muerte que él ha decretado: "Un continente, separado de la España por mares inmensos, más poblado y más rico que ella, **sometido tres siglos a una dependencia degradante y tiránica**, al saber el año de 1810 la disolución de los gobiernos de España", etc. Y más adelante, luego de hacer notar la generosa fidelidad con que los americanos responden a la agresión francesa, agrega: "Tal fue el generoso espíritu que animó la primera revolución de América, revolución sin sangre, sin odio, sin venganza. ¿No pudieron en Venezuela, en Buenos Aires, en la Nueva Granada, desplegar los justos resentimientos a tanto agravio y violencias y destruir aquellos virreyes, gobernadores y regentes, todos aquellos mandatarios, verdugos de su propia especie, que complacidos con la destrucción de los americanos, hacían perecer en horribles mazmorras

a los más ilustres y virtuosos, despojaban al hombre de probidad del fruto de sus sudores, y en general perseguían la industria, las artes bienechoras y cuanto podía aliviar los horrores de nuestra esclavitud?"

"Tres siglos gimió la América bajo esta tiranía, la más dura que ha afligido a la especie humana; **tres siglos** lloró las funestas riquezas que tanto atractivo tenían para sus opresores.."

En Chile, nuestro O'Higgins, con más parsimonia, con menos calificativos, con menos tropicalismo como acostumbramos a decir los chilenos para consolarnos de la falta de imaginación, llamará a los españoles en diversas cartas: "el tirano", "los piratas", "soberbio y tirano español", "maturrangos". En 1841, escribiendo a Casimiro Albano desde Lima, afirmará nostálgico: "Cerca de la tercera parte ha transcurrido desde que nos consagramos en la ardua, peligrosa y verdaderamente gloriosa empresa de libertar nuestra amada Patria **de la desmoralizadora y degradante esclavitud** bajo la que ella gemía **por siglos**, y nunca podré ser suficientemente agradecido al Todopoderoso de haberme conferido días abundantes..."

Es la misma idea de Bolívar y de los demás libertadores.

Producido el reconocimiento de la Independencia, hubo que cambiar la letra de la primera canción nacional chilena. Eusebio Lillo, que no ha luchado en las batallas de la Independencia, pero que recoge la interpretación histórica, cantará en la primera estrofa:

"Ha cesado la lucha sangrienta,

Ya es hermano el que ayer **invasor**;

De tres siglos lavamos la afrenta
Combatiendo en el campo de honor.
El que ayer **doblegábase esclavo**
Hoy ya libre y triunfante se ve..."

Son casi las mismas palabras de Bolívar o de O'Higgins.

El chileno se liberaba de la afrenta de la conquista, que había durado tres siglo, esclavizándole.

En las estrofas siguientes, menciona al "déspota audaz", y espera que los nombres de los valientes soldados "hagan siempre al tirano temblar". En la 4a. estrofa, aseverará:

"Con su sangre el altivo araucano, nos legó por herencia el valor". No hay ascendencia española para el poeta; él ha heredado el valor de los araucanos. O'Higgins era un araucano; Artigas y los demás libertadores eran descendientes de los indígenas.

LOS EFECTOS DE LA RENUNCIA AL PASADO HISTORICO.

Hay, pues, al iniciarse nuestra vida independiente, una dramática renuncia al pasado histórico. Esos tres siglos oprobiosos no eran nuestros; habíamos sido dominados, sometidos a una esclavitud; nada bueno podía extraerse de ese pasado.

Si nuestros países deseaban progresar, liberarse realmente, incorporarse a la vida del espíritu, a la

vida del hombre moderno, ¿que debían hacer? Borrar hasta las últimas huellas la mala herencia española.

Es el programa de Lastarria, de Bilbao; es la bandera del liberalismo romántico en todas las Américas. Es el pensamiento de los Sarmiento, Alberdi, Sierra en México, los Caro. La herencia es mala, hasta en la sangre; Sarmiento propondrá traer inmigrantes que la renueven. O'Higgins había soñado con resolver las desventajas de Chile, con inmigrantes irlandeses.

Hacia 1848, Sarmiento escribía en su "Educación Popular", lo siguiente: "Nuestros esfuerzos deben ser mayores para educar completamente las generaciones próximas si se atiende a otras condiciones desfavorables que ha producido la colonización española. No bastaba el legado de atraso intelectual e industrial que nos ha dejado... no bastaba tampoco que nos legase la ineptitud civil..., eres preciso además que de la colonización misma resultase para nosotros un inconveniente con que habremos de luchar durante siglos".

"Todas las colonizaciones (europeas)... han arrollado delante de sí a los salvajes..." Por ello, "cuando sus descendientes fueron llamados a formar Estados Independientes, se encontraron compuestos por las razas europeas puras", (por ello) "han marchado de progreso en progreso".

"Muy distinto modo procedió la colonización española en el resto de América. Sin ser más humana que la del Norte, por aprovechar del trabajo de las razas indígenas esclavizadas,... incorporó en su seno a los salvajes, dejando para los tiempos futuros una prole bastarda, rebelde a la cultura,

y sin aquellas tradiciones de ciencia, arte e industria..."

¡Pobre España; palos por matar y esclavizar a los indios, y palos por no hacerlo!

Este es el problema y su solución. Entraremos en una suerte de modernización, que nada bueno encuentra en el pasado. Se pone una barrera psicológica entre lo que era nuestro, íntimamente nuestro, y que seguía presente.

Y nos dimos a desconocer esa historia. Hasta hoy.

¡Cuántas veces nos surge en nuestros países del inconsciente colectivo la perturbadora idea de que empezamos la vida nacional hacia 1810! Nuestras patrias serían jóvenes recién nacidas; y descartamos más de 300 años de vital importancia.

Los remedios, pues, había que buscarlos en las naciones europeas, o en los Estados Unidos. Es verdad que España, en medio de sus luchas novecentistas, no ofrecía nada atractivo. Ni se propuso hacerlo, siquiera. Y Francia estaba en un florecimiento científico, filosófico, artístico, extraordinario. Alemania, en modo semejante. Inglaterra, a la cabeza del mundo. Y su hija americana, los Estados Unidos, estaba dando a las nuevas naciones un ejemplo de continuo progreso, justamente por sus vinculaciones con los pueblos progresistas de Europa.

Los pueblos nuestros entrarán en el siglo XIX, adoptando estos modelos, sin mayor reflexión, incorporándose a las muy complejas situaciones, tratando de ponernos trajes como el federalismo, o el constitucionalismo liberal.

Interpretamos mal, además, esos modelos; tomamos el federalismo de los norteamericanos creyendo que era el gran resorte administrativo que hacía la grandeza de los EE.UU.

Pero para los estadounidenses el federalismo había sido el único método práctico, transaccional, concreto, que habían encontrado para unirse, para fundir 13 estados históricamente autónomos, en una sola entidad.

Adoptamos el federalismo y destrozó nuestras unidades internas de siglos, favoreciendo el caciquismo, el regionalismo, y la anarquía. Durante decenios las luchas civiles entre federalistas y unitarios ensangrentarían a gran parte de nuestros países, favoreciendo, incluso, la mutilación territorial mexicana.

El constitucionalismo prodigará textos escritos sin número, para ser letra muerta al día siguiente. Tomamos de Belmonte, algunas cifras significativas.

Desde 1810 -cuando aparecen los primeros "reglamentos" -hasta 1850, aparecen 62 constituciones, sin contar las enmiendas. Desde 1850 hasta 1952, 125 constituciones, también sin considerar las reformas, algunas muy importantes. Pero, la fiebre sigue en los años recientes. Entre 1945 y 1956, se registran 21 reformas importantes y entre esos años, 15 países adoptan nuevos textos constitucionales. Todo ello, sin contar las suspensiones de garantías ciudadanas, los estados de sitio, de emergencia, de guerra interna.

Al parecer, el sistema semeja un gran fracaso. Las constituciones más venerables por su duración como la uruguayaya de 1830, la de Chile de 1833, y la de Argentina de 1853, también desaparecen.

Una orgía; en la cual -como en España- florece el fenómeno del militarismo y del caudillismo, como supremo recurso para establecer algún ordenamiento en estas sociedades extremadamente díscolas.

América hispana se pondrá trajes extranjeros, que le sentarán muy a menudo como camisas de once varas o, peor aún, como trajes de payasos, según demos miradas más despiadadas al pasado.

Digamos, sin embargo, que hubo en América dos excepciones durante el siglo XIX: la brasileña que continuó siendo una monarquía y la chilena de Portales.

En el caso portaliano, el analista se siente tentado a identificar en ese presidente decenal, a un rey sin corona, - que aplica la ley y la cumple él primeramente; por ello es respetable, no porque fuese inteligente o brillante. En la historia de la humanidad ha habido centenares de reyes idiotas, sin vulnerar el sistema político.

Insistimos; hubo una repulsa del pasado, porque en él no se creía encontrar ningún valor digno de recreación. Recrear valores; no estamos sosteniendo que haya que mantener la tradición inmóvil; cada época requiere readecuar los valores del pasado, estableciendo una continuidad sana, natural. Pero hay que hacer el esfuerzo de recrear, porque así como la innovación por la innovación no puede producir sino profundos desasosiegos, también la tradición por la tradición nos deja paralizados, mirando hacia el pasado, como la mujer de Lot, convertida en estatua de sal. Los muertos hay que enterrarlos; el muerto al hoyo y el vivo, al bollo, dice el refrán español con toda razón.

LA DECADA DE 1860.

Estos sentimientos van a perdurar en América; nada con España y todo hacia el mundo externo. Durante su reinado, nos encontraremos con dos momentos significativos. El conjunto de acontecimientos que se desencadenan en la década señalada y la gran crisis finisecular de 1898.

La década de 1860-1870 ve aparecer en la América hispana los rudos embates de los intereses imperialistas, de los cuales nuestros grupos dirigentes sólo van a advertir lo que sus anteojeas les permitan: el elemento menos significativo.

El resto lo cubrirán los mitos, sucedáneos del hombre sin historia.

Se inicia el período, casi simultáneamente, con la Guerra Civil Norteamericana y la intervención inglesa, francesa y española en México; primero para cobrar deudas, y luego con la abierta intervención de Francia para instalar un trono sobre las ruinas de una república anarquizada. En Santo Domingo, los dominicanos en medio del temor a la dominación de sus vecinos haitianos y a la anarquía, piden retornar a la monarquía española. En 1865-66 se desarrollará la primera guerra del Pacífico, la que conocemos en nuestra historia como la guerra con España; luego en 1867 se iniciará la primera sublevación de los cubanos contra la dominación española; al mismo tiempo, Paraguay sufrirá el holocausto de la guerra contra sus vecinos: el Imperio brasileño, Argentina y Uruguay.

¿Cómo ve América estos acontecimientos? Como un intento tenebroso de las naciones europeas, entre ellas España, de cometer dos crímenes brutales

contra el progreso de los países americanos, aprovechando la debilidad de los EE.UU.

El primero, liquidar el sistema republicano y democrático de nuestros países. Y el segundo, el propósito, supuesto a España, de reconquistar lo que había perdido a comienzos de siglo.

Hoy sabemos que estábamos pésimamente informados. España, pese a que aún era dueña de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, ni remotamente tenía las posibilidades de emprender una empresa semejante. Tampoco se lo propuso. Pero creíamos en muchos mitos, ¿por qué no agregar uno más?.

Nuestro Lastarria clamará en "La América", diciendo: "Europa o cuando menos las potencias occidentales: Inglaterra, Francia i España, en una palabra, la Europa retrógrada, la Europa aristocrática i monárquica, la Europa esencialmente anti-liberal, ha comprendido desde hace muchos años que contra la perpetuación de su predominio, se había levantado en el continente de América un poderoso enemigo. Este enemigo lo constituía el republicanismo de América..."

Y en otro párrafo, afirmará: "La Europa i la América son, pues, en política, dos polos opuestos, los dos centros de dos sistemas contrarios, en uno triunfa la soberanía del individuo, esto es en los derechos individuales, en el otro la antigua soberanía del Estado, esto es la unidad que absorbe al individuo i aniquila sus derechos".

Al enterarse de la intervención en México, Vicuña Mackenna clamará en "La Voz de Chile": "La Santa Alianza ha resucitado"...y la definía como "... el complot de las coronas contra la democracia..."

"Hoy se ataca a la democracia, y es el Nuevo Mundo (donde aquella se ensaya, ya gigantesca y amenazadora, ya vacilante y frágil) el teatro elegido para la nueva contienda". Y más adelante se pregunta: "¿Es que España ambiciona tener otra vez colonias, ahora que éstas son el mayor petardo de los gobiernos bien organizados?".

Al elogiarse la actitud del Gobierno de Chile ante la reincorporación dominicana a España y sobre todo la intervención en México, se decía en Santiago:

"La guerra Civil de los Estados Unidos es la mayor de las desgracias que ha podido venir a esta América Española".

"Esta guerra con México en circunstancias en que los Estados Unidos se encuentran en una lamentable guerra civil, ha hecho comprender a los gobiernos Americanos que estos Estados muchas veces censurados, son la salvaguardia de la América. Ahora que ellos están divididos incapaces de obrar, ahora sólo venimos a conocer lo que antes valían los Estados Unidos".

"El Gobierno de Chile ha hecho muy bien en invitar a ese poderoso Gobierno a que arroje en la balanza (su) peso i favorezca a esta República más débil".

Falsa contienda entre esta América republicana y democrática, y una Europa monárquica y despótica. Y España no era el verdadero peligro hegemónico. La hegemonía la ejercía Inglaterra, sin duda, y aparecería el poderío norteamericano luego de solucionado su conflicto interno. En ese ambiente espiritual, aparecerá el Panamericanismo, vehículo que facilitará el crecimiento de los EE.UU. hasta reemplazar a Inglaterra como potencia hegemónica.

Los presidentes norteamericanos, con estas facilidades ideológicas y con estas interpretaciones de los acontecimientos, podrán afirmar a fines de siglo que los límites de su país van de polo a polo y de Atlántico a Pacífico. Serán los árbitros de nuestras pequeñas y grandes disputas.

La España sindicada como manipuladora de designios tan alevosos, en esta década ve agudizarse sus conflictos latentes, pese a la modernización del país ocurrida durante el reinado de Isabel II.

La guerra contra los países del Pacífico, no cala hondo en el sentimiento público. Fue estimado como un asunto mal llevado y sirvió para alimentar la guerrilla interna de los partidos. Para ella, la situación más grave era la crisis económica que, como repercusión de la crisis general de la industria textil -reflejo de la guerra civil norteamericana- comenzaba a afectar una de sus actividades económicas más dinámicas.

Esta situación, sumada a la crisis cubana que estalla en 1867, la primera guerra de la Independencia de Cuba, costará en 1868 el trono a Isabel II.

ESPAÑA Y LA CRISIS FINISECULAR DE 1898.

Desde 1874 hasta fines del siglo, está España en el período de la Restauración de los Borbones; comprendiendo el reinado de Alfonso XII y la regencia de María Cristina de Habsburgo durante la minoría de edad de Alfonso XIII. Durante esta época prolongada, el país trata de establecer con los grandes líderes Sagasta y Cánovas, un remedo del régimen parlamentario inglés. Al decir de los

historiadores españoles, ello originó una España real con sus problemas intactos, intangibles, y una España ficticia que jugaba a la política de salón y a los cambios ministeriales. Cuando la agitación crecía y se tornaba turbulenta, aparecía lo que los españoles llaman "el espadón", un general que "se pronunciaba" y, por lo tanto, indicaba la nueva senda.

Esta situación nos recuerda lo que acontecía en América. Estamos en la etapa del positivismo, consolidando el modelo europeo del Estado Nacional; orden y progreso, dirán los brasileños. En Chile, el gobierno de Balmaceda es el mejor exponente de esos ideales; en Argentina, se construye un país moderno; en México, Porfirio Díaz; en Venezuela y Colombia, las grandes dictaduras finiseculares.

Orden, progreso. Una América irreal, política, que debate temas como el laicismo; la separación de la Iglesia y el Estado; la educación pública o privada; cómo operar el andamiaje político, al calor de una u otra idea política, o de uno u otro caudillo.

Y en lo positivo, fomento de la educación y modernización material.

Pero, los grandes problemas del campesino, de la naciente masa obrera, de la dependencia de las economías en poder de las naciones imperiales europeas y luego del capital norteamericano, todo permanece intocado. También estamos ante una América real, regida por elites cosmopolitas, europeizadas, con problemas vivos que luego emergerán con violencia tremenda. Basta recordar el año 1910 en México y el marasmo intelectual y psicológico con que los países americanos celebramos el llamado Centenario de la Independencia.

El más ligero análisis mostraba que habían pasado 100 años sin que nada hubiese ocurrido; los problemas seguían pendientes, nada se había resuelto en profundidad.

Hubo en América un hálito de desaliento y desorientación, mientras sus elites políticas y sociales miraban embobadas a Europa o a Estados Unidos, tratando de reproducir en el suelo nativo, las maravillas de la modernidad para su uso y consumo privados.

España está en un marasmo similar, y recibe en 1898 el terrible bofetón final, así lo creyó al menos el Primer Ministro inglés de ese entonces.

Esa España que no entendía sus problemas reales, no comprendía lo que estaba ocurriendo en sus posesiones de Filipinas, Cuba y Puerto Rico.

No oyó al poderoso e influyente partido moderado cubano que sólo pedía autonomía. El mundo oficial español repetía el viejo error de Fernando VII, a la manera borbónica tradicional: pensar que el Estado era uno e indiviso, cuando el mundo hispánico es plural.

España y Cuba eran una unidad indivisible; por eso, lo que pedían los autonomistas cubanos no era siquiera discutible. Menos aún, las proposiciones de los Presidentes Cleveland y McKinley de comprar Cuba.

Estalla la revuelta de Martí, 1895, el grito de Baires, y se inicia la guerra cubana a la que España responde primero con la acción conciliadora y moderada de Martínez Campos y, luego, con la mano terrible del General Weyler. Ello sólo sirve para azuzar la propaganda cubana, que despierta,

naturalmente, en toda América incontenible entusiasmo y apoyo.

Estados Unidos interviene y las flotas de la vieja potencia histórica eran destruídas en Cavite y La Habana. El gigante que había estado creciendo territorial, demográfica, científica y tecnológicamente, arrebatava a España todo lo que le restaba de su imperio legendario.

EL REENCUENTRO HISPANICO.

Curiosamente, ese mismo año comenzaba en España a florecer un conjunto extraordinario de hombres, la llamada Generación de 1898. Precedida por algunos, como Angel Ganivet, lo interesante es que esta Generación se continúa en el siglo XX, con una pléyade de hombres de figuración universal. Ortega, Rey Pastor, y otros muchos, en la filosofía, el ensayo, la creación artística, la literatura, la historia, las ciencias, sin solución de continuidad, para enlazarse incluso con la generación de 1927, y hasta nuestros días. Todos ellos acogen con entusiasmo el canto renovador y franco de Rubén Darío y luego, el de los demás americanos.

¿Qué pasa en esa España, que caía tan estrepitosamente? Resurgía, no en lo material, sino en lo espiritual. Esos hombres empezaron a analizar las causas de la decadencia, con un rigor extremado. Buscaron en la literatura, en la historia, en el desarrollo de las ciencias, en el reestudio de los clásicos, los valores que podrían seguir justificando la existencia de España.

Ninguna nación moderna europea, ha dicho un historiador, nacida en los albores del Renacimiento,

llegó a poner en duda su existencia; a plantearse lo que llegó a preguntarse la Generación del 98: ¿hemos existido como nación? Ni Francia, ni Inglaterra, ni ninguna otra, tuvieron dudas de su existencia histórica. Ortega plasmará estas preguntas en las páginas de su *España Invertebrada*, en forma amarga, dura.

¿Qué hay que hacer para vertebrar a España?

Lo interesante y curioso fue que esta labor gigantesca continuada -repetimos- en el siglo actual, va a ser recogida por los hispanoamericanos, por los del otro lado del mar, que odiaban lo español.

Nos ocurrió que cuando leíamos esa Literatura, cuando oíamos esas conferencias, estudiábamos esos ensayos, sentíamos reaparecer nuestras raíces. Y nos encontramos de nuevo relejendo *El Quijote*, analizando la *Celestina*, observando *El Cid*, recorriendo los clásicos españoles; revisando la historia de nuestros países impulsados por la crítica histórica rediviva. Y por encima de las discrepancias y diferencias ideológicas, los distintos pueblos de la estirpe volvían a encontrar sus raíces a entender que todas las tragedias pasadas tenían que arrojar una simiente de renacimiento, de restablecimiento, de reanudación de lazos de unión, de comunión.

Y que esos lazos estaban no en una inerte y pasiva rebúsqueda en el pasado, sino en una dinámica valoración de lo que habíamos sido en todos los órdenes de la actividad humana. Todo ello unido, además, a la modernidad, al deseo de unión, de formar y robustecer la idea de que los pueblos hispánicos, contrariamente a lo que se había pensado, éramos una pluralidad, donde las individualidades crecidas al calor de nuestras

historias, pudiesen comenzar a producir los mejores frutos. Y cultivados justamente en esas individualidades de uno u otro lado del Océano.

Todo ello para presentarnos activos en un mundo necesitado de alientos espirituales y de valores vinculados al hombre hispánico: el respeto a los valores del espíritu, el respeto al hombre, por encima de sistemas políticos que, con una u otra denominación, con una u otra justificación, pretendan dominarlo, pretendan no solamente comprar sus bienes y su vida, sino también subyugar su alma.

Gran tarea, sin duda alguna. Quizás si hubiese estado más avanzada y elaborada en una y otra ribera, no se recibiese con tanta perplejidad el 5º Centenario de la hazaña iniciadora del proceso histórico más notable de Occidente.

Así fue percibida por los primeros historiadores de Indias y hoy lo es por las mentes más lúcidas de la cultura iberoamericana. El encuentro de un Nuevo Mundo lo realiza España y su pueblo y nuestros pueblos heredan la tarea de crear una nueva cultura, producto de las raíces indígenas, hispánica y africana, macerándose en estos cinco siglos de cambios vertiginosos y sorprendentes, en la matriz de la cultura occidental

llegó a poner en duda su existencia; a plantearse lo que llegó a preguntarse la Generación del 98: ¿hemos existido como nación? Ni Francia, ni Inglaterra, ni ninguna otra, tuvieron dudas de su existencia histórica. Ortega plasmará estas preguntas en las páginas de su España Invertebrada, en forma amarga, dura.

¿Qué hay que hacer para vertebrar a España?

Lo interesante y curioso fue que esta labor gigantesca continuada -repetimos- en el siglo actual, va a ser recogida por los hispanoamericanos, por los del otro lado del mar, que odiaban lo español.

Nos ocurrió que cuando leíamos esa Literatura, cuando oíamos esas conferencias, estudiábamos esos ensayos, sentíamos reaparecer nuestras raíces. Y nos encontramos de nuevo releendo El Quijote, analizando la Celestina, observando El Cid, recorriendo los clásicos españoles; revisando la historia de nuestros países impulsados por la crítica histórica rediviva. Y por encima de las discrepancias y diferencias ideológicas, los distintos pueblos de la estirpe volvían a encontrar sus raíces a entender que todas las tragedias pasadas tenían que arrojar una simiente de renacimiento, de restablecimiento, de reanudación de lazos de unión, de comunión.

Y que esos lazos estaban no en una inerte y pasiva rebúsqueda en el pasado, sino en una dinámica valoración de lo que habíamos sido en todos los órdenes de la actividad humana. Todo ello unido, además, a la modernidad, al deseo de unión, de formar y robustecer la idea de que los pueblos hispánicos, contrariamente a lo que se había pensado, éramos una pluralidad, donde las individualidades crecidas al calor de nuestras

historias, pudiesen comenzar a producir los mejores frutos. Y cultivados justamente en esas individualidades de uno u otro lado del Océano.

Todo ello para presentarnos activos en un mundo necesitado de alientos espirituales y de valores vinculados al hombre hispánico: el respeto a los valores del espíritu, el respeto al hombre, por encima de sistemas políticos que, con una u otra denominación, con una u otra justificación, pretendan dominarlo, pretendan no solamente comprar sus bienes y su vida, sino también subyugar su alma.

Gran tarea, sin duda alguna. Quizás si hubiese estado más avanzada y elaborada en una y otra ribera, no se recibiese con tanta perplejidad el 5º Centenario de la hazaña iniciadora del proceso histórico más notable de Occidente.

Así fue percibida por los primeros historiadores de Indias y hoy lo es por las mentes más lúcidas de la cultura iberoamericana. El encuentro de un Nuevo Mundo lo realiza España y su pueblo y nuestros pueblos heredan la tarea de crear una nueva cultura, producto de las raíces indígenas, hispánica y africana, macerándose en estos cinco siglos de cambios vertiginosos y sorprendentes, en la matriz de la cultura occidental